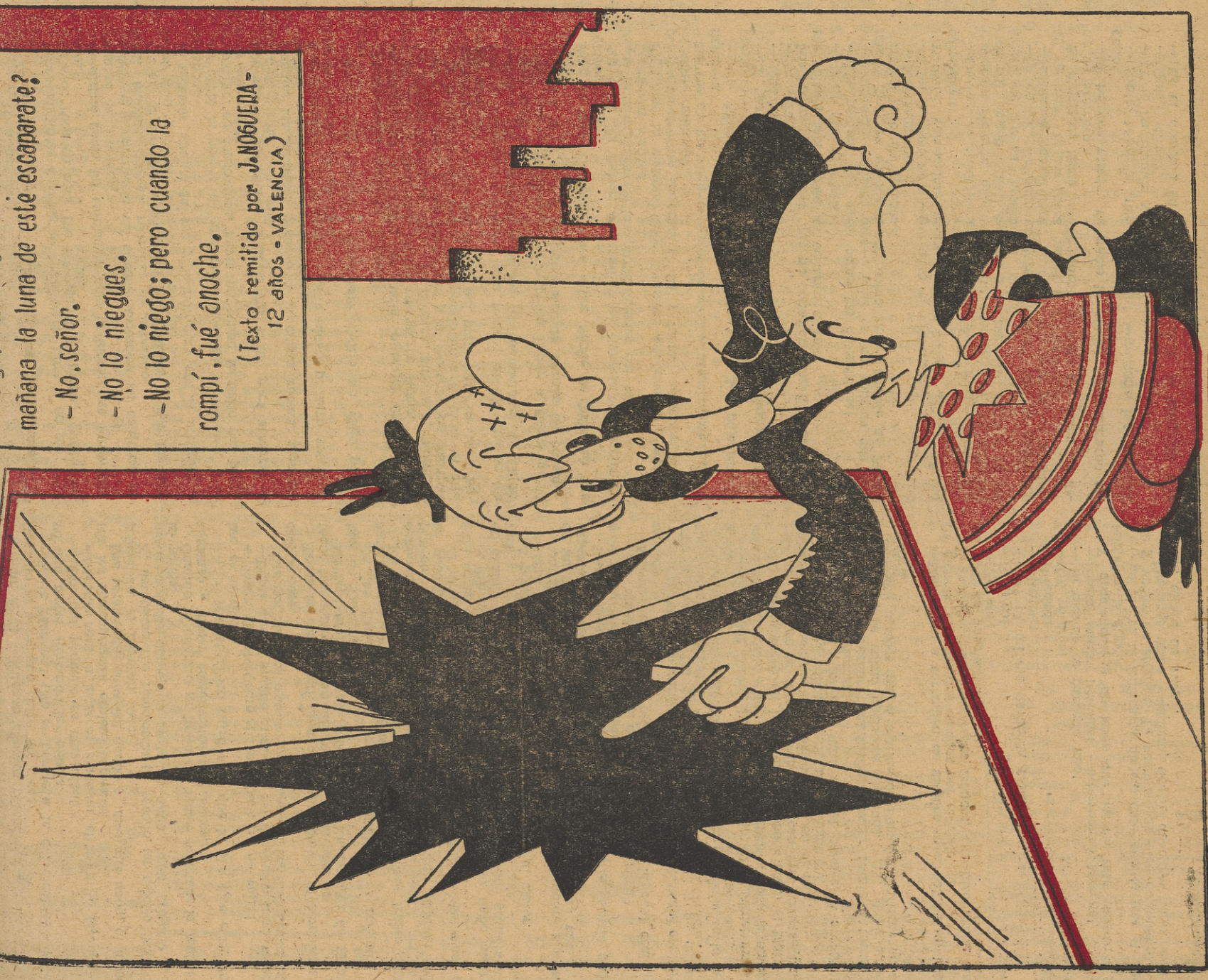


-Oye, PEQUE: ¿tú has roto esta mañana la luna de este escaparate?
-No, señor.
-No lo niegues.
-No lo niego; pero cuando la rompí, fué anoche.

(Texto remitido por J. NOGUERA -
12 años - VALENCIA)



-¿Tu perro es de caza, LADICERIN?
-No, señor; es de "bombardeo".
(Texto remitido por GABRIEL PÉREZ
DE LA FORQUE - 11 años - VALENCIA)



VIERNES
CRONICA
AC
AL
Berlin
la Prensa
López Ba
francame
repentino
tanas o
terse en
por ello
ción, tam
ma, tam
musculos
diaria. L
tas y vu
inglesas
alturas f
alemanas
lo destar
aun no o
se prepa
pales. Y
de Bies
aliados l
seo de e
de veria
naval a
ector d
nolicias
hoja la
tada po
al puebl
amarga
no comi
rento, y
más int
sus bas
embarco
en el s
een má
palabra
marisca
real ita
mesa,
ciente
más co
familia
caco q
inducir
energía
durant
ma en
condeo
Alamel
voz ha
tol, n
veintit
en rei
traviv
mover
chach
la di
a ma
Kubán
fig
ayuda
Siella
bras i
een to
de Ba
plo a
ciente
fronda
do —
entre
partis
que d
quedó
cuadr
Tito,
jando
a las
do d

Calderón de la Barca

INFANTIL

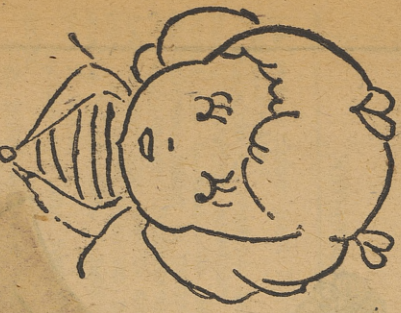
TRES BUENOS AMIGOS
CALDERON DE LA BARCA
(Autor dramático)



Josedna Alfara, 11 años.
Valencia.



Generosita Peris.
Cullera (Valencia).



Francisco Sánchez Manzanera, 10 años.
Valencia.



Emilio Garrido Pastor.



José Mota Roig, 12 años.
Burjassot (Valencia)



Mira, Pepin; mira que
yos más hermosos tiene tu
hermanito.
—Claro! Como son nue-
vos!
Carmen Segura, 12 años.
Almussafes (Valencia)



El TAVARILLO —Hay co-
sas que no se voi utillir!
Con lo que trae en esa la-
ta, dice que tiene para ali-
mentar a 40 caballos...
José del Pozo, 12 años.
Valencia



Carpentín García,
13 años.
Valencia.



Anita Ruescas, 11 años.
Valencia.



José María Faus, 12 años.
Valencia.



José María Albert, 10 años
Aiguafina Añort (Barbastro)



Vicente Fosati Aucejo,
2 años.
Cadaqués (Valencia)



Daniel Ferrer, 10 años.
Valencia.



Enriqueta Segura, 15 años.
Almussafes (Valencia).



Vicente Segura, 14 años.
Almussafes (Valencia)

Los hombres que vuelan

MOTA

(Continuación)

tácitos del pulpo que aun tenía adheridos fuertemente a la piel.
Bocos instantes después se encontraba libre y en pie; en-
tonces de roca en roca fué recorriendo la playa; estaba de-
seada.
Se dirigió hacia un montículo muy próximo; una indomable
voluntad le animaba.
Desde el promontorio vió a corta distancia un conjunto de
casas blancas, limpias, rodeadas de arbolado.
En los jardincillos cacareaban las gullinas, y por los cer-
cados iban y venían borregos y cabras.
El aviador ahucó la voz y llamó; otra voz le contestó a
distancia.
Se abrió la puerta de una casa; después, la de otra, y al
poco rato, en torno suyo, había un grupo formado por hom-
bres y mujeres.
Los pobres pescadores dejaban sus redes para socorrer a
un desgraciado.
Cuando los insulares llegaron a la cresta rocosa, Marchal
comenzó a referirles sus aventuras.
Los pescadores se miraban esbozados; primero creyeron
que se trataba de un loco.
—Habrá que llevarlo a Portoferra!—dijo un viejo pesca-
dor.

—Portoferra!—exclamó Marchal.
De modo que se hallaba en Italia o mejor dicho, en la
Isla de Elba, a unas cien millas escasas de Roma, bailar a
la alegría le volvía loco; se hipnotizaba, se iba a perder.
La alegría le volvía loco; se hipnotizaba, se iba a perder.
eritar, a bendecir a los humillados y a las trombas marinas
que le habían llevado hasta allí cuando creía hallarse en una
roca desierta, perdida en medio del mar, lejos de todo hu-
mano socorro.
Aun le quedaban un día y una noche; el día que se les
concedió a los aviadores para las neutralizaciones de Dijón
y Montecarlo.
Pensó por unos instantes que podía llegar a Roma aquel
mismo día, si el motor no había sufrido averías de completa
rotura.
Pero lo más interesante era saber dónde se hallaban sus
competidores.
Sin duda les habría sorprendido el huracán, desafiándo-
los y hundiendo en las profundidades del mar.
Le dieron lástima.
Para que la victoria fuese completa era necesario que los
otro concurrentes llegaran al fin y fueran acogidos por la
delirante multitud.
La voz de un viejo pescador le sacó a Marchal de sus re-
flexiones.
—Ha venido usted por los aires, como los pájaros!—le
preguntó.—¿Es verdad?
—¡Y tan verdad! Ahora verán ustedes mi máquina...!
—¿Qué es eso?
—Un aeroplano.
Los ignorantes isleños, que no conocían más que sus redes,
sus velas y sus barcas, se echaron a reir.
—¡Bah! ¡No es posible!
—Un hombre que vuela como las golondrinas!
—Y además—añadió otro—, ¿qué es ese «plano» que dice
usted? Si fuera un automóvil, como el del alcalde de Porto-
ferra!; pero un «plano»...
—¡Naturalmente!
—¿Tieneis gasolina?—preguntó el aviador.
Después, volviéndose hacia aquellas buenas gentes, añadió
cortésmente:
—Oigan: se trata de un descubrimiento moderno, de una
invención reciente, que ustedes no conocen aún. La máquina
está allí; ustedes me ayudarán a bajarla del agua y ya les
gratificaré por su trabajo.
—Si es así...—repuso un joven afeitado por las promesas.
—¡Problemas, compañeros! es decir, que esto es un ajetreo.
Vil de mar: vamos todos juntos a Portoferra!
Se dirigieron hacia los arrecifes; la vista del pulpo les lle-
vó de asombro.
—El hombre volar ha dicho la verdad—murmuraron al-
gunos.
—¡Santa Madona! ¡Es un pulpo!—gritaron las mujeres.
—¿Y le ha matado usted?
—¿Quién si no?
—¡Es el demonio en persona! ¡Siganos, la máquina está
allí!

—¡Aquí está!—gritaron algunos pescadores que habían dis-
tinguido el aeroplano entre las rocas.
—¡Santa Madona! ¡No se parece a la del alcalde!—obser-
vó una mujer juntando las manos.
—¡Oh, no! ¡Aquello es una catá!

—¡Sacado aquí, a lo seco, tendido, en!—gritó Marchal—.
Se les recomendará espléndidamente!
Las recomendaciones del dueño y más que nada, el dinero
prometido, lo hicieron todo.

El aeroplano fué remolcado de escollo en escollo hasta la
playa, después empujado hasta la arena, lugar propicio para
la salida.
Cuando el aparato se halló en buena posición, la multitud
comenzó a hacer comentarios fantásticos.
—¡Ah, Marchal! ¡Pero usted cree que lo que dice este hom-
bre es verdad?
—¡Volar, volar! ¡Como si fuera fácil eso de volar!
—¡Dad, que el mundo no hay quien haya volado.
Mientras Marchal reconocía su aparato, las discusiones iban
caldeándose.

—¡Todos se esforzaban para darle un nombre al aeroplano, y
todos los nombres eran absurdos y extravagantes.
Marchal creía hallarse rodeado por los salvajes de alguna
Isla de Oceanía.

En las fiscomías de aquellos primitivos se relajaba el
asombro y el terror supersticioso.
No decían más que palabras o pronunciaban frases desor-
denadas; unas veces hablaban del automóvil, sin duda
porque recordaban alguna canoa automóvil que habían visto,
de paso para Livorno o Civita Vecchia.

En aviador, sin preocuparse por aquellas habladurías, se-
guía arreglando su aparato.
Si los planos celulares no habían sufrido daño alguno,
en cambio el motor parecía haber experimentado grandes ave-
rias.

—¿Qué había ocurrido?
Marchal volvió a reconocer la máquina, desmontó y montó
de nuevo algunas piezas, y, por último, le echó un vistazo al
depósito de esencia.

Estaba muy bien cerrado; de modo, que la esencia puede
que no se hubiera evaporado.
—¿Por donde tenía que haber entrado el agua?
Marchal comenzó a desmontar la tapa, la cual cedió en
segunda.

—¡Caramba!—murmuró el aviador—. Aparecía cualquier
cosa a que con las prisas lo he cerrado mal y he entrado
el agua en el depósito.
Para convencerse metió un dedo en el líquido y se lo llevó
a los labios.

—¡Maldición! No me hablé equivocado; el agua del mar ha
invadido el depósito y me ha echado a perder toda la esencia.
Marchal lo sacó en la calda, había dado con una roca se había
perdido, y la esencia, se había vertido en el mar.

Marchal pudo constatar una mortal palidez, y apretó los
puños involuntariamente.
Pero, como hombre habituado a hacer frente a todas las
dificultades, se volvió hacia los aldeanos.

—Dígan ustedes que el alcalde de Portoferra! tiene un au-
tomóvil.

—¡Si...
—Bien, pues a ver quién de ustedes va a pedirle un bidón
de esencia. Ofrezco dos escudos por el viaje.
Y sacó dos piezas de cinco francos, que hizo brillar ante
los ojos de aquellos indolentes.

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

—¡Yo voy!
—¡Yo voy!

(Continuará)

COLMOS

—¿Cuál es el colmo de un carretero?
—Llevar a la carnicería en cima del carro, o sea, su mujer.

Emilio Vifa.

—¿Cuál es el colmo de un hojalatero?
—Arreglar la lata que le dan sus hijos.
Miguel López Alamo
13 años.—Valencia

—¿Cuál es el colmo de un barco?
—Parar en seco.
F. E. Hernández.—Gijón

—¿Cuál es el colmo de una cuerda?
—Estar loca.
Vicente Esprat
11 años.—Valencia

—¿Cuál es el colmo de la rapidez?
—Poner una casa de huéspedes en un segundo.

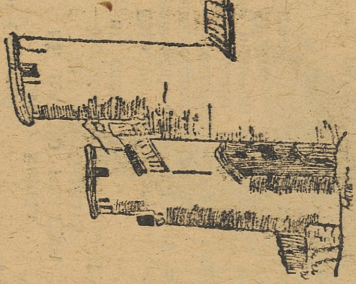
—¿Cuál es el colmo de un polero?
—Vender el Polo... Norte.
José Alexandre
13 años.—Valencia

—¿Cuál es el colmo de un zapatero?
—Hacer un zapato para el pie de la montaña.
Ana María Mompó
11 años.—Valencia



MANERA SENCILLA PARA DIBUJAR UN POLLUELO

Las Torres de Cuarte



José Canell. — 11 años
Meliana



Francisco Ferrándiz
12 años.—Valencia

CURIOSIDADES

El gato montés es un animal su-
peramente rápido, que mide 111 cen-
tímetros con la cola. Caza liebres
y ciervos de corcos y ciervos. Habita
en Andalucía.

Sethian Sholes, inventó la máqui-
na de escribir en el año 1867.

María Julia Esteve
10 años.—Valencia

EL PRIMER AVIADOR



Durante la guerra de los cien años, el caballero Cortántanías cayó en una emboscada y, aunque iba revestido de hierro, pensó que no podría resistir a una compañía de ingleses armados de lanzas. Tampoco podía retroceder, por- que estaba al borde de un precipicio. Rápidamente recogió el escudo de un enemigo muerto, colocándose en el brazo de recho, extendió ambos y se dejó caer en el vacío como un monoplano, logrando aterrizar sin el menor daño.



Que estaba al borde de un precipicio. Rápidamente recogió el escudo de un enemigo muerto, colocándose en el brazo de recho, extendió ambos y se dejó caer en el vacío como un monoplano, logrando aterrizar sin el menor daño.

¿Qué le dijo...?

—¿Qué le dijo el gasógeno a la gasolina?
—¿Qué le dijo?
—Vete, que tú ya has pasado de moda.

—¿Qué le dijo un recién nacido a un oficial del Juzgado?
—¿Qué le dijo?
—A mí, que me registren.

Avelino Pérez
9 años.—Valencia

—¿Qué le dijo un mudo a uno que se estaba ahogando?
—¿Qué le dijo?
—Nada.

Diego Bonilla
13 años.—Valencia

—¿Qué le dijo el niño que llegó tarde a la escuela al maestro que le regañó?
—¿Qué le dijo?
—Señor maestro: es que no la tierra gira, esperaba a que la escuela llegase a mí.

Finita Esteve
12 años.—Valencia

—¿Qué le dijo el inspector al dueño de una pastelería?
—¿Qué le dijo?
—Señor amo: ¿Quiere usted hacer el favor de enseñarme el certificado de vacu-
na de ese brazo de gitano?

Joaquín Ferrer
13 años.—Valencia

—¿Qué le dijo la madre al padre cuando le pegaba a su hijo?
—¿Qué le dijo?
—Dale que dale, zumba.

José Alexandre
13 años.—Valencia

—¿Qué le dijo un portero a otro?
—Por el humo se sabe dónde está el fuego.

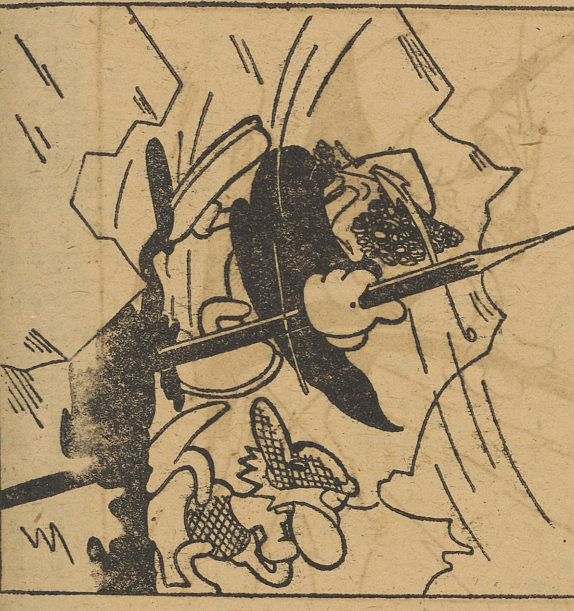
—¿Qué le dijo?
—El ladrón cantando a la rima de caudales: Donde están las llaves, manillar, rille; donde están las llaves, manillar, rille ron.

Azuena Cervantes
5 años.—Valencia

BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

Y sin aguardar una respuesta, ni siquiera una señal de asentimiento del muñequito, el enano echó a andar por aquella superficie de hielo.

Focos pasos habían avanzado, cuando se levantó un viento tan frío, que por un momento pareció a los caminantes que les cortaba la cara con aquellos cuchillos.



ANDANZAS DE LAPICERIN

nubes que cubrían el firmamento quedando el cielo de un azul purísimo y brillando el sol con todo su esplendor.

Pero si la calda había salido extraordinariamente al muñequito, no parecía lo mismo a su compañero, que cayó como una rana y no pudo moverse en largo rato de puro mojado. El enanito estaba hecho disco.

—Despertar, enanito—gritó Lapicerín llegando hasta donde cayó su compañero.

—Levántate, que ya hemos llegado—insistía.

Pero el enanito ni despertaba, ni se levantaba, ni siquiera daba señales de vida. Lapicerín se rasgó la corbata con preocupación. ¿Estaría muerto? ¿Había reventado por el encontronazo contra el suelo? Desde luego, había que reconocer que la calda había sido violenta, pero nuestro amigo no creía que fuese para tanto. Allí estaba él, que había caído desde la misma altura, y, en cambio, no sólo no se había matado sino que ni siquiera se había roto ningún hueso.

Pronto pudo darse cuenta de que, por fortuna, el enano no sufría más que un desvanecimiento. A las voces de Lapicerín, que al mismo tiempo le zarandeaba a más y mejor, y gracias a unos trozos de hielo colocados sabiamente por el muñequito en las sienes del enano, éste fué despertando poco a poco de su letargo. Primero movió un dedo; después, una mano; continuó abriendo el ojo izquierdo, abrió más tarde el ojo derecho y, por último, abrió la boca para preguntar:

—¿Dónde estamos?

—En la Montaña de Hielo—respondió Lapicerín.

Si le hubieran aplicado una corriente eléctrica, no hubiera saltado el enanillo con mayor rapidez.

—¿En la Montaña de Hielo?

—Sí, querido amigo. Alegrate. Ya estamos acabando nuestro viaje. Dentro de un momento habremos liberado a Plutón y al Hada Dulcinea.

El enanillo se puso en pie.

—Vamos, Lapicerín. No hay tiempo que perder.

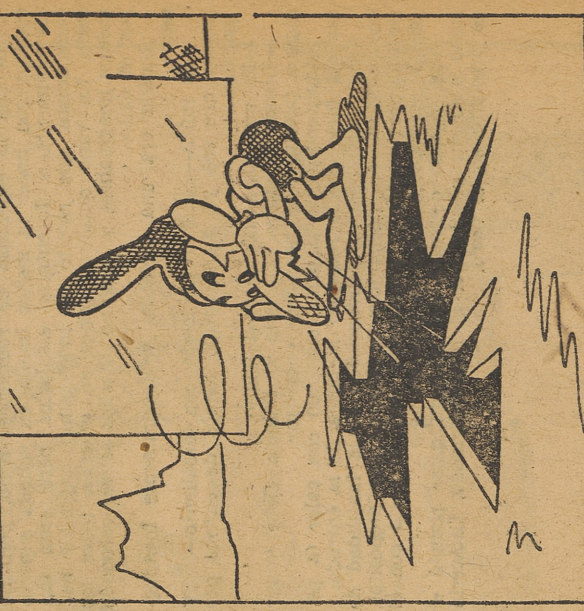
ANDANZAS DE LAPICERIN

longitud el lápiz que siempre llevaba consigo, fabricó unos estupendos esquites que, a más de impedir el hundimiento de sus pies, le sirvieron para adquirir en su avance una mayor velocidad. Al enanito, y de esta forma, pudo le permitieron continuar su camino con una comodidad relativa, hasta que divisaron el Palacio.



BIBLIOTECA DE «EL PEQUE»

Verdaderamente, era un Palacio muy extraño. Sus muros brillaban al sol de una manera extraordinaria, cegando a quien ponía la vista en ellos. Estaba formado



—¡Lapicerín!—gritó.

por un solo bloque de hielo, y lo que más sorprendió a nuestros amigos—no tenía ni puertas, ni ventanas ni hueco alguno—que presentara un acceso al interior y en estas condiciones, ¿cómo iban a entrar? ¿Cómo se

